

M. ALMAGRO BASCH Y LA IDEA DE LA UNIDAD DE ESPAÑA

Jordi Cortadella Morral

Siempre que en una historia nacional se hable de antigüedad hemos de ir con precaución, porque puede ser que se esté intentando legitimar una nación o estado —conceptos y realidades relativamente modernos— en base a culturas o sociedades anteriores a la constitución de estos estados o naciones.

Evidentemente estas entidades son el fruto de un desarrollo histórico. Prehistoria e historia antigua han influido o condicionado ciertos aspectos de su creación y desarrollo. De hecho es la historia la que les ha dado, en definitiva, su particularismo, pues tales entidades no surgen de la nada, sino que es el propio desarrollo histórico el que nos da la pauta de su nacimiento.

Tanto aceptar una concepción «moderna» en los estudios de prehistoria e historia antigua, como creer que ni prehistoria ni historia antigua no han tenido remotamente nada que ver en la génesis de las naciones o estados actuales equivale a pretender que todo «hecho nacional» se ha formado en torno a un «Volkgeist» (espíritu nacional), con su «Volkepsychologie» (psicología nacional), aparecido en un momento dado y desvinculado del devenir histórico ¹.

Dejemos esta introducción, tal vez demasiado teórica, y centrémonos en un caso concreto. Analicemos una obra que trató de justificar una concepción «unitarista» de España en base fundamentalmente a la antigüedad. Nos referimos a *Origen y formación del pueblo hispano* de Martín Almagro Basch, publicado en 1958. El libro es un estudio etnológico de la Península Ibérica desde la prehistoria hasta nuestros días, desde los hombres del paleolítico hasta judíos, musulmanes y gitanos. De hecho, lo que se intenta justificar es la unidad ancestral de España bajo el argumento de la homogeneidad etnológica o racial primigenia, y en detrimento de unas nacionalidades descualificadas también con argumentos etnológicos ². Antes de entrar en el análisis detallado de la obra,

1. Como dice Pierre Vilar: «... davant una història multimil·lenaria, no s'ha de pronunciar (o escriure) massa alegrament el mot "nació", fins i tot el mot "cultura"». (*Història de Catalunya*, dirigida por P. Vilar, Vol. I, en la introducción de P. Vilar, p. 69).

No es este el lugar para desarrollar un tema tan complejo como el surgimiento del Estado moderno, o el más problemático tema de los nacionalismos y las diferencias entre Estado y Nación. Además, si la pretensión del presente artículo es demostrar como los estudios sobre la antigüedad pueden ser manipulados por determinadas ideologías, es indistinto que estas sean «unitaristas» o «particularistas».

2. De hecho este libro no deja de ser una obra marginal dentro de la cuantiosa bibliografía del autor, en su mayor parte dedicada a aspectos concretos de la investigación arqueológica. *Origen y formación del pueblo hispano*, Barcelona (1958), se podría equiparar dentro de su producción a obras como: *Introducción a la Arqueología* (1941), *Introducción al estudio de la Prehistoria* (1960), o al libro sobre teoría histórica, *El hombre ante la Historia* (1953), en el que el autor presenta las contribuciones que, según él, prehistoria y antropología han aportado a la historia Universal. Para una bibliografía completa de Martín Almagro Basch puede consultarse: *Bibliografía del Prof. Martín Almagro Basch*, vol. I, Madrid 1983, recopilada por E. Ripoll et alii. Las obras como la presente, de carácter menos erudito o especializado,

vamos a hacer un repaso de algunos de los más importantes planteamientos que sobre el papel de la antigüedad en la historia de España se han dado en este siglo.

Ortega y Gasset, en *España invertebrada*³, dice que en la formación de España intervinieron tres elementos: la raza relativamente autóctona, el sedimento civilizador romano, y la inmigración germánica. Pero el principio decisivo habría sido la inmigración germánica. Según Ortega, los germánicos serían la «forma», mientras que los autóctonos serían la «materia». La diferencia, por ejemplo, entre Francia y España derivaría no tanto de la diferencia entre galos o íberos, sino más bien de la diferente «cualidad» de los pueblos germánicos que invadieron ambos territorios. El factor romano sería en ambos casos un elemento neutro. Respecto a la base autóctona, no niega la influencia diferenciadora de galos e íberos en el desarrollo de Francia y España, lo que se niega es que esta influencia sea el principio decisivo. A partir de aquí, Ortega sigue una serie de planteamientos que se escapan a las pretensiones de este artículo. Sólo recordar que para él, toda la historia de España, exceptuando unos pocos momentos, era la historia de una decadencia. Explica esta decadencia a partir de la ausencia de los «mejores», en la medida que los visigodos habrían sido unos germánicos demasiado romanizados, «desnaturalizados». Esto explicaría, para él, la ausencia de un verdadero feudalismo en España, y de un verdadera «aristocracia» o clase dirigente que guiara a las masas. Esta sería la causa, en definitiva, de la invertebrabilidad de España.

Hagamos también una pequeña referencia a la polémica entre Américo Castro y Sánchez Albornoz⁴. En *La realidad histórica de España* (1954) la tesis esencial de Castro es que la clave de la historia de España está en la coexistencia de tres religiones en la península; la cristiana, la islámica y la judía. Según esto, no existiría España en los períodos romano y visigodo, y mucho menos antes. España habría comenzado a existir en el siglo X, cuando habría dispuesto de un idioma propio y de una «morada vital». Por el contrario, en *España, un enigma histórico* (1956) de Claudio Sánchez Albornoz, se produce la defensa de la historia peninsular antes del 711 como explicadora de los hechos posteriores. Así dice, por ejemplo, que la España musulmana estuvo muy influida por elementos preislámicos, y por tanto el «Islam español» fué muy diferente del oriental. Lo que hace Sánchez Albornoz es crear una especie de «espíritu de lo español» que va pasando a través de la historia, cambiando, evolucionando, pero sin desaparecer. Crea una continuidad ideal desde los orígenes inmemoriales hasta nuestros días. De todas maneras, el tema central del libro no es, como se sabe, la explicación de las raíces prerromanas en la historia de España. La obra se centra, sobre todo, en el estudio de la Edad Media y en la réplica a Américo Castro.

Paralelamente a estas visiones «unitaristas», existen también toda una tradición «particularista». Especialmente importante, para el tema que nos ocupa, es la figura y

tienen la ventaja de transparentar mejor el pensamiento de su autor. Digamos que en ellas «se baja la guardia» y el ideario del autor queda condensado y por ello mejor expuesto que en muchos trabajos en que los datos o la erudición pueden enturbiar los contenidos programáticos.

3. Para Ortega, todo lo sucedido en España desde 1580 (batalla de Alcántara y unión con Portugal) habría sido decadencia y desintegración. Tal proceso de desintegración avanzaría de la periferia al centro. El causante de esta situación endémica sería la ausencia de minorías egregias y, por consiguiente, el advenimiento del imperio de las masas. La única solución estaría en el forjamiento de un nuevo tipo de hombre español (*España invertebrada*, 1922).

Sobre las concepciones orteguianas por lo que respecta a la antigüedad, es de consulta obligatoria el libro de Santo Mazzarino, *La fine del Mondo Antico* (1959), traducción castellana, México 1961, especialmente las páginas 180-188. Es interesante la relación entre Ortega y Rostovtzeff, señalada por Mazzarino y plenamente visible en el famoso capítulo final de *The Social and Economic History of the Roman Empire* (1926), traducción castellana, Madrid 1937. Para un comentario crítico a Rostovtzeff véase Mario Mazza, *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo d. C.*, Roma 1973, en especial el capítulo I, pp. 72-91 con abundante bibliografía. También es obligatorio referirse a los comentarios que A. Momigliano hace a Rostovtzeff, recogidos en, *Contributo alla Storia degli Studi Classici*, Roma 1955 (reeditado 1979) pp. 327-354.

4. Para una visión muy rápida de la polémica puede recurrirse a Henri Lapeyre, *Ensayos de historiografía*, Valladolid 1978. Puede consultarse también del mismo autor, *Deux interpretations de l'histoire de Espagne: Américo Castro et Claudio Sánchez Albornoz*, Anales, Economies. Sociétés. Civilisations, 1965, pp. 1015-1037.

Para más bibliografía consúltese la obra de J. L. Gomes-Martínez, *Américo Castro y el origen de los Españoles: Historia de una polémica*, Madrid 1975.

obra de Pere Bosch Gimpera. Su pensamiento al respecto se plasmó de forma sucinta en el libro *España*, escrito en Valencia en 1937⁵. Originariamente era el discurso inaugural del curso académico de la universidad de aquella ciudad en unos momentos críticos de la guerra civil. Bosch arremete contra la visión «ortodoxa» de la historia de España: una España unida desde épocas remotas o con tendencias unitaristas desde sus primeros habitantes, y con centro en Castilla. Para Bosch, el proceso de la historia de España era el choque y la acción mutua de una España indígena, racial, primitiva, y de la «superestructura» o interferencia histórica venida del exterior. Así, los pueblos de la península se habrían organizado de una manera definitiva en la época primitiva, en base a un proceso de refracción de la variedad de elementos primarios y aluviones étnicos en la diversidad geográfica peninsular. La «superestructura» representaría la interrupción de este florecimiento natural progresivo. La romanización, los visigodos, los árabes, las dinastías de los Austrias y los Borbones, se habrían convertido en únicos protagonistas de la historia. Sólo cuando la «superestructura» se hubiese roto, en algunos escasos y gloriosos momentos, la diversidad primitiva reaparecería casi intacta⁶.

Tal vez, a nuestro entender, el problema que tiene la visión de Bosch Gimpera es que destruye un ser metafísico para crear otro. Su concepción de «estructura» o de «pueblo» tiene en ella misma gran parte de la problemática que él critica en la «idea» de España.

Ramón Menéndez Pidal, en el tomo primero de su *Historia de España*⁷, constesta a Pere Bosch Gimpera desde la postura «ortodoxa» de entender España como un ser metafísico, con un carácter hispano cuya cualidad básica sería la sobriedad, el «senquismo». El mayor «localismo» que existiría en España comparado con otros países, se explicaría también, a través de este carácter hispano, como una especie de condición psicológica uniforme en todos los españoles que diese razón de su «carácter apartadizo». Así, el nacionalismo, incluso el separatismo, no sería más que manifestaciones de un carácter común a todos los habitantes de la península.

La crítica directa de Menéndez Pidal a Bosch Gimpera no sólo se centra en los argumentos estrictamente históricos, sino que intenta también la descualificación ideológica del contrario. Cuando se refiere al término «superestructura», añade, entre pa-

5. Otros trabajos donde se plasman las ideas expuestas en esta obra son, entre otros: *Dos interpretaciones de la Historia de España*, Bogotá 1941; *España, un mundo en formación*, «Mundo Libre», México 1943; *Para la comprensión de España. Notas marginales a libros nuevos y viejos*, «Cuadernos Americanos», n.º 1, México 1943, p. 155ss. Anteriormente a 1937 ya se vislumbraban algunos de los postulados espuestos posteriormente de forma sistemática, por ejemplo veáse el capítulo final de conclusiones de *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona 1932. Así mismo, en la gran obra de síntesis posterior, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México 1945, se siguen manteniendo las ideas básicas expuestas en 1937.

6. Sobre la figura de Bosch Gimpera existe bastante bibliografía. Su autobiografía ha sido publicada en parte en la obra, *La Universitat i Catalunya*, Barcelona 1971 (con prólogo de C. Serra Rafols), y en *Memòries*, Barcelona 1980 (prólogo de Jordi Maragall). También existe la biografía hecha por Josep Pla, *Homenots*, segunda serie, vol. XVI de *Obra Completa*, Barcelona 1970, pp. 9-37, con noticias facilitadas por el prof. M. Tarradell. Es útil también, aunque discutida, su correspondencia con R. Olivar-Bertrand, *Correspondència (1969-1974)*, Barcelona 1978. Es de gran interés el libro, *In Memoriam Pedro Bosch Gimpera 1891-1974*, México 1976, que recoge, entre otros, algunos de los artículos publicados en la revista «Destino» y completa la bibliografía de Bosch publicada por Juan Comes en 1963, «Bibliografía de Pedro Boch Gimpera», pp. XXXI-LXIV de (Santiago Genovés ed.) *A Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México 1963. Las obras están ordenadas temáticamente. Puede consultarse también a E. Ripoll Perelló, *Pere Bosch Gimpera. Fundador del Museu d'Arqueologia de Barcelona*, Barcelona 1977, es la traducción catalana de la necrología del mismo autor aparecida en «Ampurias» 36-37 (1974-75), pp. 277-308 con bibliografía de M.ª Teresa Llecha, ordenada cronológicamente. Finalmente también es de utilidad el catálogo de la exposición conmemorativa del cincuenta aniversario del Museo Arqueológico de Barcelona, *Pere Bosch Gimpera i el Museu de Barcelona, 50 aniversari*, Barcelona 1986, que recoge artículos de diversos autores y abundante material fotográfico.

7. La introducción a la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Tomo 1.º, Madrid 1947, fué publicada como obra independiente bajo el título, *Los españoles en la historia y en la literatura. Dos ensayos*, Buenos Aires 1951. Para la repercusión de esta polémica en el caso catalán, puede consultarse a P. Vilar, *Cataluyan dins l'Espanya moderna. Recerques sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals*, vol. 2.ª: el medi històric, Barcelona 1986 (5.ª ed.), pp. 30-36, hay edición castellana, Barcelona 1978. La discusión de Vilar se centra en la romanización. Entendida por unos como un proceso de asimilación y por otros como «superestructura» impuesta. Vilar tiene en cuenta también las opiniones de Américo Castro, Sánchez Albornoz y Soldevila. Para Vilar, el período romano no perfila una personalidad regional definitiva en Cataluña, pero crea las «capacidades económicas» dominantes y las «vocaciones» de la futura Cataluña.

réntesis: «... que por cierto lo hallamos en Carlos Marx»⁸. Se insinúa pues que el contrario es marxista, cuando Bosch estuvo bien lejos de serlo ni personal ni científicamente. En cuanto a los argumentos del discurso histórico, Menéndez Pidal no está de acuerdo en que el «fondo indígena» sea el genuino representante de lo perpetuamente natural y autóctono. Si fuese así, dice, si la «superestructura» no fuese más que una imposición, el «fondo indígena autóctono» habría mostrado una inconcebible pasividad e impotencia, casi equivalente a su no existencia.

En vez de esta concepción, Menéndez Pidal prefiere la imagen de las «dos Españas». Toda lucha entre «superestructura» y «base indígena» de Bosch es convertida en «guerra civil», en que una España lucha contra otra. El primero de estos enfrentamientos habrían sido las guerras púnicas. Ya en ese momento, España habría decidido su destino europeo, que habría comenzado a contar a partir del sacrificio de los saguntinos. El segundo enfrentamiento de las dos Españas se produciría a raíz de la conquista árabe, y en aquel momento Asturias representaría la «España libre»⁹.

La obra de Martín Almagro Basch, *Origen y formación del pueblo hispano* se comprende inserta dentro de toda esta polémica intelectual que no hemos pretendido exponer sistemáticamente, sino tan sólo indicar algunos de sus aspectos más característicos por lo que respecta a la antigüedad. El libro en cuestión surge como rechazo directo al apelativo de pueblos de España o pueblos hispanos, referido a los habitantes de la península. Almagro reserva este nombre a lo que él llama «comunidad espiritual» de razas y lenguas diversas de las antiguas provincias de ultramar de España y Portugal¹⁰.

Para Almagro, el «pueblo hispano» tendría unas constantes antropológicas y étnicas que serían las siguientes:

- 1.^a – Presencia y predominancia del elemento indígena: el dolococéfalo mediterráneo.
- 2.^a – Escasa importancia de la influencia norteafricana: existencia, por consiguiente de un «espejismo africano» en nuestra historiografía.
- 3.^a – Una influencia contraria: es decir, unos claros y fuertes fenómenos raciales y culturales europeos, predominantes en la mitad norte peninsular¹¹.

En el libro no hay una concepción de la historia de España explícita y desarrollada, pero tampoco lo pretende. Siguiendo especialmente los esquemas históricos de Menéndez Pidal, Almagro aspira a consolidar sobre argumentos sólidos la idea de la unidad étnica ancestral del «pueblo español».

El estudio, evidentemente, comienza por el paleolítico. El Cro-Magnon sería la base de nuestra raza actual, y su arte prefiere llamarlo hispano-francés en vez de franco-cantábrico¹². En el neolítico ataca el «espejismo africano» y es partidario de la influen-

8. *Historia de España* op. cit. p. LVIII. Menéndez Pidal utiliza también el término «infraestructura» para referirse a la base indígena de Bosch, cuando este nunca utiliza tal término y se refiere a la base indígena con los términos «pueblo» o «estructura».

9. *Historia de España* op. cit. Cap. V de la introducción titulado, *Las dos Españas*. Hablando de las diferentes concepciones de la historia de España, hay que citar la figura de J. Vicens Vives aunque su campo de estudio sean la época medieval y moderna. Los postulados de Vicens van encaminados sobre todo a explicar el retraso de España, económica, política, y culturalmente, respecto al resto de Europa. Defiende la identidad y peso específico de los diferentes reinos hispanos frente al protagonismo de Castilla (A. Barbero-M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Madrid 1986 [6.^a ed.] p. 19.). Como aproximación al pensamiento de Vicens véase su combativo ensayo, *Aproximación a la Historia de España*, 1952. Para su bibliografía completa consultese el *Índice Histórico Español* n.º 26 (1960) p. 1-16. Sobre la figura humana y científica veanse las siguientes obras: *Homenaje a Jaume Vicens Vives*, «Serra d'Or» II, n.º 11 (1960), pp. 1-23; *Jaume Vicens Vives, maestro de historiadores y hombre ejemplar*, «Destino», XXIV n.º 1196 (1960) pp. 34-39; *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, 1965-1967, 2 vol; J. M. Lacarra, prólogo del T. II de J. Vicens Vives, *Obra dispersa*, Barcelona 1967; J. Mercader Riba, *Jaime Vicens Vives, su obra histórica*, «Arbor» n.º 255 (1967) pp. 265-284; S. C. Payne, *J. Vicens Vives and the Writing of Spanish History*, «Journal of Modern History» n.º 34 (1962) pp.114-134. En conmemoración del 20 aniversario de su muerte, la revista «L'Avenç» publicó una serie de artículos, «L'Avenç» n.º 29 (1980) pp. 60-69. Más recientemente en la misma revista: *Jaume Vicens Vives (1910-1960)* apareció un número monográfico, «L'Avenç» n.º 83 (1985).

10. M. Almagro Basch, *Origen y formación del pueblo hispano*, Barcelona 1958, p. 10.

11. *Ibid.*, p. 42.

12. *Ibid.*, p. 33.

cia directa de las costas de Asia Menor y Egipto sobre el Neolítico Hispano¹³. En cuanto a la cultura megalítica, cree que su origen se debe de nuevo a colonizadores venidos del Mediterráneo oriental, llegados a nuestras costas directamente por mar, sin tocar para nada las costas africanas. Una vez instalado en la península, el megalitismo influiría fuertemente en la Europa occidental: Inglaterra, Irlanda, Francia, Dinamarca y norte de Alemania donde habría sido el germen del mundo protogermánico¹⁴. También el vaso campaniforme habría llegado a España siguiendo la ruta de los colonizadores megalíticos y, como ellos, serían oriundos de tierras del Asia Menor. Como el megalitismo, la cultura del vaso campaniforme, desde la península, se extendería por toda Europa. En definitiva, la idea subyacente es la concepción de España como eslabón, puente, entre Oriente y Occidente, que sería una de las aportaciones hispanas a la construcción de Europa.

Hacia el año mil, los pueblos de la península presentarían una unidad y fusión remarcables. Posteriormente, la invasión celta o indoeuropea aportaría una gran masa humana que influiría profundamente en la mitad norte de España. Esta diferencia en las zonas de asentamiento tendría su posterior proyección histórica. Una España levantina-meridional, permeable a las influencias étnicas y culturales, blanda y menos resistente, de economía agraria y vida rural. Opuesta a ella, una España noroccidental, ruda, violenta y activa, de economía ganadera y vida rural¹⁵. Por el levante entrarían fácilmente los pueblos colonizadores que influirían culturalmente en aquella población peor sin alterar su etnia que, ya en aquellos momentos sería un bloque homogéneo en toda la península. La conquista romana no alteraría esta unidad de raza debido a la fuerte afinidad étnica entre ambas penínsulas. Ciertamente, el juego fácil de conceptos y el análisis superficial de los hechos permiten relacionar la etnología italiana con la de nuestra península: amalgama de colonizadores mediterráneos y pueblos indoeuropeos con un interior hostil y una costa permeable. El legado de Roma sería, pues, no étnico, sino cultural. Fundamentalmente, el idioma y la plasmación consciente de la idea de España como unidad. Una vez conseguida y asumida conscientemente la unidad, no se rompería a pesar de las invasiones germánica y árabe, y se habría mantenido viva en la Edad Media hasta su posterior reconstrucción.

Como se da cuenta Alberto Prieto, el punto culminante de la historia de España hecha por el franquismo —recogiendo anteriores esquemas «unitaristas»— era el Siglo de Oro. Las épocas anteriores serían, según esta óptica, una larga marcha hacia esa cima. España existiría desde siempre. Habría una primera unidad con los celtíberos, que encarnarían el espíritu de Castilla, a su vez, encarnación del espíritu de España. Posteriormente, Roma conseguiría dar unidad cultural a «lo español» y emperadores e intelectuales «españoles» hispanizarían el Imperio, pero la falta de Fe provocaría su caída. La Fe sería la gran aportación de los visigodos a España. Los musulmanes detendrían el proceso que habría llevado a un imperio hispánico, pero la «reconquista» sería otra vez una marcha hacia la unidad, conseguida finalmente por los Reyes Católicos. Una vez conseguida la unidad se marcharía hacia el Imperio¹⁶.

13. Ibid., p. 49.

14. Ibid., pp. 67-68.

15. Ibid., p. 97.

16. Alberto Prieto, *El franquismo i la història antiga*, «L'Avenç» n.º 18 (1979), pp. 75-77. El Imperio, según la ideología franquista, se caracterizaría por la defensa de la Fe contra protestantes y turcos y por su extensión hacia otras zonas: la idea de Hispanidad. Materialismo y protestantismo provocarían la caída del Imperio y una crisis de España y la humanidad en general. Pero nuevamente sonaría la «hora de España» en que resucitarían los ideales de Fe del Siglo de Oro.

La relación histórico-ideal entre España y Roma durante el franquismo puede verse en el libro de Ernesto Giménez Caballero, *Roma Madre*, Madrid 1939. Para Giménez Caballero, el renacer de España radicaba en ser como la Roma de los nuevos tiempos. Tampoco tiene desperdicio la obra del mismo autor, *Genio de España* (1932).

Por otra parte, la crítica al concepto tradicional de «Reconquista», entendido como recuperación de un territorio y reinstauración de un dominio, ha sido claramente formulada por A. Barbero y M. Vigil en numerosos artículos y libros, baste citar, *Sobre los orígenes sociales de la reconquista*, Barcelona (1974). Para la génesis de la idea de España, es de consulta obligatoria el excelente libro de José Antonio Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid 1981 (3.ª ed.).

Un hecho puntual como la reanudación de las excavaciones de las ruinas de Ampurias después de la guerra civil, puede servir de claro exponente de lo que estamos diciendo. La continuación de las excavaciones de esta ciudad greco-romana «...abandonadas y bárbaramente mutiladas por los rojos-separatistas»¹⁷, y la creación de la revista homónima, «Ampurias», respondían a dos objetivos: primero «...mostrar al mundo científico cómo en España se atiende de nuevo a la investigación»¹⁸; en segundo lugar, contribuir a una determinada visión de la historia de España. A este respecto, el editorial del primer número de la nueva revista, dirigida por Almagro, se expresaba así:

«Ampurias es la última ciudad griega de occidente. En ella los romanos desembarcaron por primera vez para combatir a Cartago. Y en ella asienta Catón el Grande el primer gran campamento civilizador. Tras la conquista romana España dejó de ser tierra de tribus y pasó a ser tierra imperial. Antes que en Tarragona y en Córdoba o Itálica, en Ampurias, la Hispania Antiqua tomó contacto con el mundo clásico. Ella fue la primera ventana hacia el Mediterráneo que nos trajo ambiciones y sentido histórico. Roma tras los pasos de los helenos de Ampurias metió a España en la Historia del Mundo para siempre»¹⁹.

La reconversión de Ampurias dentro del esquema histórico unitarista heredado por el franquismo es mucho más significativa si tenemos en cuenta la historia de las excavaciones. Los primeros trabajos sistemáticos de envergadura se iniciaron bajo los auspicios y tutela de la Junta de Museos y el apoyo de Prat de la Riba (posteriormente pasaron a depender de la «Mancomunitat»). Su primer director fue Puig Cadafalch, segundo presidente de la «Mancomunitat». Posteriormente, cuando en 1933 el Patronato del Museo de Arqueología de la recién creada «Generalitat» de Cataluña se hizo cargo de las excavaciones y del museo de Ampurias, Pere Bosch Gimpera sucedió a Puig Cadafalch en la dirección de los trabajos hasta su forzoso exilio en 1939. Para la Cataluña «noucentista», «Emporion» significó una de las máximas plasmaciones del mito griego en Cataluña. El ideal de la «Catalunya Mediterrànea», la de *La Ben Plantada* de Eugeni d'Ors, pasaba por el descubrimiento de las ruinas de «Emporion»²⁰.

Almagro continuó con las excavaciones, pero dio la vuelta a su contenido ideológico reconvirtiéndolas al «españolismo». No aceptar esa particular «España romana» era, para él, un «atabismo malsano y primitivo», propio de un «espíritu de clan o de tribu»²¹.

Con posterioridad a la romanización, las invasiones germánicas tampoco variarían la etnia hispana, ya que aquel elemento indoeuropeo fue aportado ya por los cromañó-

17. «Ampurias. Revista de Arqueología, Prehistoria y Etnología», n.º 1, Barcelona (1939), p. 2.

18. Loc.cit.

19. Ibid., pp. 3-4.

20. No es este el lugar para desarrollar un tema tan amplio como la política cultural de la «Mancomunitat». Así mismo, sobre las figuras de Prat de la Riba, Puig Cadafalch y Eugeni d'Ors hay una extensa bibliografía. Sobre la repercusión de las excavaciones ampuritanas en la vida cultural catalana, baste recordar, como detalle significativo, que el símbolo gráfico de la «Fundació Bernat Metge» dedicada a la traducción al catalán de los clásicos greco-latinos (fundada en 1923) es la cabeza de la estatua de Esculapio encontrada en Ampurias. Sobre la tradición helénica en Cataluña, puede consultarse a E. Ripoll Perelló, *Els grecs a Catalunya*, Barcelona 1983. También E. Valentí Fiol, *Els clàssics i la literatura catalana moderna*, Barcelona 1973. Para enmarcar la tradición clásica catalana en la literatura occidental es imprescindible la consulta de Gilbert Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romana en la literatura occidental*, 2 vol., México 1986 (2 reimp.).

Respecto a las excavaciones de Ampurias, a parte de los trabajos de 1908 en la puerta de la ciudad romana y de algunos sondeos, los trabajos anteriores a la guerra civil se centraron en la ciudad greco-helenística. Así lo reconocía Bosch Gimpera en un artículo de «Investigación y Progreso» (año IV, n.º 3, Madrid, 1 marzo de 1930). Cuando Almagro reemprende los trabajos de excavación en 1940, gracias a la mano de obra que le proporciona el Capitán General de la 4.ª Región Militar, se preocupa prioritariamente de poner al descubierto el basamento de la muralla de la colonia romana. Con ello, ¿pretendía llenar un vacío en las investigaciones o cambiar el simbolismo histórico de la ciudad? Probablemente las dos cosas. Para la historia de las excavaciones puede consultarse: *Arrels de la Catalunya mil·lenaria*, Fundació Jaume I, Nadal del any 1984, Barcelona 1984; E. Sanmartí-E. Ripoll, *Història de la investigació*, dentro del dossier que la revista «L'Avenç» dedicó a la ciudad griega de Ampurias («L'Avenç» n.º 38 (1981) pp. 21-26). Para los trabajos concretos antes de la guerra civil, vease el *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*; para los trabajos posteriores, a parte de los artículos de la revista «Ampurias», veanse las múltiples guías a la excavaciones.

21. Almagro Basch, *Origen y formación...* Op. cit., p. 126.

noides y la invasión celta. La presencia de elementos germanos no habría hecho más que reforzar una tendencia secular, habría sido un reforzante del carácter europeo de la península.

La invasión islámica es presentada mediante una extraña dicotomía: por un lado, la lengua y cultura de los invasores sería procedente de próximo oriente, por otro, el elemento étnico sería mayoritariamente mediterráneo norteafricano. Así, la prestigiosa cultura de Al-andalus tendría sus raíces en Oriente pero sin que elementos semíticos «contaminaran» la etnia hispana. Respecto a la influencia norteafricana, se matizaría diciendo que en esa época su población tenía unas características comunes a la etnia mediterránea europea, y sólo posteriormente recibiría influencias negroides y semíticas, momento en que ya habría dejado de afectar a las costas españolas, es decir, después de 1492. Además, la población norteafricana de la península habría sido, con los años, absorbida por el elemento autóctono. De la misma manera, la posible influencia de otro elemento semítico, el judío, es del todo rechazada en base a dos causas: fue un grupo que nunca se integró en la población autóctona (es calificado como permanente introductor de invasiones), y fue definitivamente «exorcizado» por la «clarividente política de la inquisición»²². La inquisición habría solucionado en España el problema de las minorías raciales. En este sentido la expulsión de moriscos y judíos es considerada como altamente beneficiosa, y añade que esta última minoría «...hubiera acabado siendo la más importante y la dueña del país»²³.

Finalmente, para no dejar nada al azar, trata de los gitanos. Nos dice que son un grupo de origen incierto pero casi con seguridad asiático, abundante pero muy «deca-dente» y nos ha dejado un influjo mínimo en la etnia española.

Termina el libro con un elogio al elemento racial hispano, que cruzado con todos los pueblos de la Tierra (negros, indios americanos, malayos...) habría tenido el buen gusto de no llevar nunca a la península estos cruces raciales, a diferencia de otros países como Portugal, donde el elemento negroide estaría predominando cada vez más, o Francia, donde norteafricanos y negros irían dejando huella frecuente. Contrariamente, en España, lo que se estaría produciendo es un cruce cada vez mayor entre las diferentes provincias, aumentando así la homogeneidad racial.

El autor no dice explícitamente que la unidad étnica equivalga a la unidad política, pero tampoco dice lo contrario. Parece que lo que intenta es aportar su grano de arena a los argumentos de una España eterna, y socavar, al mismo tiempo, la posible justificación etnológica de los particularismos y «tendencias centrífugas». En este sentido, es interesante hacer el seguimiento de las críticas al particularismo (Portugal, Países Catalanes, País Vasco, Andalucía). Curiosamente no se menciona el caso gallego que, a través de la revista «Nos» fundada en 1920, ya había dado muestras de la búsqueda de la propia identidad nacional antes de la guerra civil. Tal vez Almagro no quiso entrar en polémica sobre la «patria chica» del «Caudillo» o puede ser que siendo el «gallegismo romántico» substancialmente «celtista» no fuese considerado peligroso dentro de un esquema donde lo celta-indoeuropeo juega un papel básico.

En lo concreto, Almagro niega que el megalitismo sea fruto de la evolución autóctona de un sustrato proto-portugues prehistórico y permanente que haya terminado por crear la independencia política del país²⁴. El independentismo vasco es atacado a través de la crítica a la cultura pirenaica entendida como cultura aislada y uniforme. No habría para Almagro ningún fenómeno cultural o étnico en la península que no hubiese afectado en mayor o menor medida al País Vasco. Su misma lengua, pre-indoeuropea, procedería de Asia Menor (Caucaso) a través de la cultura de Almería, los megalíticos o la cultura del vaso campaniforme. Apunta también posibles paralelos con los dialectos norteafricanos (grupo líbico). Respecto a la cultura ibérica, es muy significativo que no

22. Ibid., p. 164.

23. Ibid., p. 160.

24. Ibid., pp. 63-64.

se le dedique un capítulo propio, sino que sólo es mencionada al final del capítulo décimo, dedicado a las penetraciones celtas. Además, a pesar de la gran profusión de mapas de que consta la obra (24 en total), no hay ninguno dedicado a visualizar la extensión o los yacimientos más importantes de la cultura ibérica, cuando, por el contrario, hay un mapa de la distribución de los asentamientos judíos y otro de los recolectores de marisco del paleolítico superior, por poner sólo dos ejemplos²⁵. Es evidente en este caso el intento de esconder un hecho que al autor no le cuadra con su teoría. Así, la cultura ibérica sólo es tratada en las dos últimas hojas del capítulo décimo ya mencionado. Otro detalle, Almagro no habla de cultura ibérica, sino de pueblos ibéricos. Según él, todos ellos fueron celtizados y nunca formaron una etnia por ellos mismos. Estos pueblos ibéricos se diferenciarían de los del interior más por sus contactos con fenicios y griegos que por su cultura autóctona o su raza. El contacto con los colonizadores explicaría además el eco que tuvieron entre los geógrafos e historiadores clásicos. El área ibérica sería, en definitiva, más compleja y menos uniforme de lo que se pretendería y no sería base, de ninguna manera, para la creencia en unos proto-Países Catalanes²⁶. Tampoco Tartessos habría sido un pueblo autóctono o una cultura nativa, sino más bien uno más de los pueblos colonizadores que llegarían a las costas andaluzas²⁷. Niega así uno de los argumentos históricos del nacionalismo de Blas Infante²⁸.

Todo lo contrario sucede en el caso de Castilla. Almagro señala que los hallazgos visigóticos corresponderían en su mayor parte con este territorio, que coincidiría con la mayor presencia en esta zona de las anteriores penetraciones indoeuropeas. Allí el elemento dominador sobre la masa de la población dolicocefala mediterránea sería este elemento indoeuropeo-germánico, que influiría radicalmente y a fondo en Castilla. Este hecho habría causado su personalidad particular durante la Edad Media y su preponderancia sobre el resto de España²⁹.

Estos son los rasgos ideológicos principales que nos ha parecido ver en esta obra. En resumen, se trata de crear una ficticia unidad racial ancestral, desde las primeras noticias y restos humanos, para que sirva, a posteriori, como un argumento más a la idea de una unidad nacional que, poco a poco, se iría perfeccionando e iría conformando la estructura política estatal moderna. No hay en el libro argumentos directamente trascendentes o metafísicos. No hay tampoco directrices teleológicas claramente expuestas. Todo se intenta llevar desde el más puro rigorismo científico. Pero la intencionalidad no declarada existe, y el purismo científico, en muchos puntos, esconde la manipulación de los datos.

Este no fue un libro escrito para contribuir a la discusión académica, sino para la divulgación. No era una obra de polémica, escrita directamente contra un autor concreto, aunque en la obra se polemiza y se ataca a autores concretos. Dentro de la ideología unitarista de la historia de España, Almagro Basch es genuino representante de toda una tendencia de investigadores que, si bien en muchos casos han hecho importantes contribuciones a la ciencia prehistórica e histórica, han privilegiado unos problemas sobre otros, han extrapolado resultados correctos, pero circunscritos a un entorno espacio-temporal preciso, aplicándolos a situaciones totalmente diversas. En definitiva, la cuestión crucial no es tanto las soluciones que han aportado cuanto los problemas que han dejado de plantear³⁰.

25. Un caso contrario, por citar un ejemplo reciente, lo encontramos en el libro de Pere Villalba i Varneda, *Orígens dels Països Catalans en els clàssics grecs i llatins*, Barcelona 1984, en que todos los hechos, desde el paleolítico inferior hasta la romanización, son colocados sistemáticamente en mapas de los Países Catalanes (en su concepción más extensa), mezclando divisiones políticas (comarca valenciana de Racó, entre Castilla la Nueva y Aragón) y lingüísticas (franja aragonesa de habla catalana) con los datos antiguos.

26. *Origen y formación...* Op. cit., pp. 101-102.

27. *Ibid.*, p. 106.

28. Blas Infante, *Ideal Andaluz*, Sevilla, 1914.

29. *Origen y formación...* Op. cit., pp. 132-134.

30. Puede ser de utilidad comparar el caso español con el italiano. Para este último puede consultarse a Mariella Cagneta, *Antichis-t-i e impero fascista*, Bari, 1979, también, A. Momigliano, *Gli Studi Italiani di Storia Greca e Romana dal 1895 al 1939*, en *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1955 (reedic. 1979) pp. 275-297; Santo Mazzarino, «Storia romana»,

Como dijeron en su momento Abilio Barbero y Marcelo Vigil, no se ha de entender la historia de España como «una unidad de destino en lo universal», más allá de toda investigación científica³¹. También advirtieron que esta errónea concepción de la historia tampoco se ha de trasplantar a otras áreas de la península; una seria advertencia a los nacionalismos.

Hoy por hoy, en tiempos de especialización, hay una pobreza de concepciones generales. Existe el peligro de seguir actuando dentro de marcos conceptuales inaceptables con técnicas y métodos que dan la falsa impresión de progreso continuo. Se ha hecho mucho hasta ahora para superar los antiguos esquemas. La obra de Marcelo Vigil es una prueba de ello. Pero, a pesar de su contribución y la de muchos otros, hay aún esquemas y concepciones históricas que necesitan urgentes revisiones. Es en esas tareas donde el trabajo del historiador logra su pleno sentido.

La storiografia italiana negli ultimi vent'anni, vol. primo, *Stroia antica*, pp. 19-34, Milano 1970. De consulta obligatoria la obra de L. Canfora, *Ideologie del classicismo*, Torino 1980, especialmente pp. 57-103.

Para que el libro de Almagro no parezca un hecho aislado en la historiografía española posterior a la guerra, véase la *Historia de España* de A. Montenegro Duque (*Historia de España. Edad Antigua, I España prerromana*, Madrid 1972). Véase especialmente la introducción. El punto de inflexión, para Montenegro, entre una España dividida y una España unitaria, sería la romanización. La celtiberia sería el centro de la nueva España «universalista», y Marcial sería su primer «profeta», siguiendo a Sánchez Albornoz que se refiere a Marcial como «el primer español» (Sánchez Albornoz, *El culto al Emperador y la unificación de España*, «Anales del Instituto de Literatura Clásica» Tomo III, Buenos Aires 1946; citado por M. Almagro Basch en *Nuevas cuestiones científicas sobre la unidad de España*, «Arbor», n.º 53 (1950) pp. 734-739).

31. Abilio Barbero-Marcelo Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona 1978, p. 20.